

EL CONFLICTO DE GAZA

Israel y el 'apartgueto'

SUSO DE TORO

LA VANGUARDIA, 2.02.09

El ataque de Israel al campo de refugiados en Gaza, justificado por los cohetes lanzados por Hamas, evidenció muchas cosas. Antes de nada, que el subjetivismo que domina toda la política del Estado israelí y que lo separa de la realidad le impide incluso hacer un análisis racional de su situación. Viviendo agónicamente, busca siempre una solución radical y escatológica a su existencia, la experiencia de su nacimiento por la violencia le hace creer que el cataclismo es el único camino real para existir.

Evidencia que solamente sabe de relaciones de dominio, no es capaz de pactar alianzas sin doblez ni siquiera con su protector, EE. UU., pues la destrucción de Gaza pretendió condicionar la política norteamericana, también ostentar ante árabes, musulmanes y el mundo en general el dominio que ha mantenido sobre EE. UU. estos años, y que aún mantiene a través del lobby sionista norteamericano, que ya ha penetrado en la Administración Barack Obama.

Pero pese a esa presión y marcaje sobre la política norteamericana, ningún Estado soberano puede permitir que perdure indefinidamente una situación así, y por otra parte, para poder concentrarse en solucionar la crisis histórica de su país Obama necesita salir de Iraq y, para hacerlo, tiene que reconocer y negociar con Irán, que pasará a ser un actor reconocido en la zona. La agenda guerrera que pretendió imponer Israel

nunca fue asumible por el resto del mundo; ahora tampoco lo será para EE. UU.

Pero sobre todo, la masacre de Gaza desveló los aspectos más oscuros del proyecto israelí. Israel pretendió que la destrucción de Gaza, donde encerró a sus víctimas, a las personas a quienes previamente les quitó tierra, agua y casa, no tuviese testigos, impidió a los periodistas internacionales entrar en la franja porque pretendía ocultar su objetivo: no destruir el poder militar de Hamas, absolutamente ridículo comparado con el poder del Tsahal, sino la destrucción de todas las infraestructuras de comunicación, sanitarias y educativas palestinas. Infraestructuras que la Unión Europea y la comunidad internacional financió una y otra vez tras cada destrucción israelí anterior. Pero esa pretensión tuvo un efecto paradójico, esa censura de la información hizo más visible a Israel, lo desnuda ante el mundo, lo revela. Ese desnudamiento en parte se debe a la propia crueldad de un ejército poderosísimo atacando a un campo de refugiados y en parte porque el mundo ha cambiado, es un escenario distinto en el que EE. UU., sumido en esta crisis económica y política que el Gobierno israelí quiso aprovechar, ya no es el imperio único.

La censura de la información pretendía mantener en la medida de lo posible la imagen propagandista de un Estado pequeño y vulnerable, moderno, occidental, gente rubia rodeada de enemigos bárbaros, barbudos y sanguinarios, nuestro David en suma, y evitar que sea sustituida por la estampa de un Israel-Goliat al que los muchachos palestinos en su gueto no consiguen derribar con piedras. La pretensión de ocultar la masacre agranda su obscenidad y revela aspectos de la naturaleza del propio Israel y su verdadera pretensión sobre esa población palestina a la que encerró en un campo de concentración:

impedirles tener un estado viable y vivir dignamente. El abuso desmesurado de Israel ha roto al fin la imagen de víctima que obligó a muchos a callar ante los continuados abusos anteriores. Estamos más obligados que nunca a intentar conocer y comprender los actos de Israel y de los palestinos con libertad, sin coacciones y sin que se nos tache de "antisemitas". Esperamos poder ver la filmografía completa de Costa Gavras, no sólo Z, La caja de música o Amén, también Hanna K, que reflexiona con honradez sobre las injusticias y la complejidad del drama palestino y que fue boicoteada en su distribución por las presiones del lobby sionista estadounidense y las amenazas de bomba en Francia. Auschwitz sigue siendo una piedra que nos obliga a tropezar con ella y recordarla, pero no puede ser utilizado directa o insidiosamente para justificar los crímenes que ahora comete Israel contra los palestinos.

Israel es una realidad histórica que está ahí y como experiencia humana es fascinante, es el resultado del poder de la voluntad. Encarna virtudes de lo heroico, aunque conviene recordar que lo heroico como categoría moral es cosa compleja y discutible. Un proyecto colectivo que se basa en el concepto de pueblo, aportado tanto por el judaísmo rabínico, el pueblo elegido que mantiene un diálogo particular con un Dios propio, como por el nacionalismo sionista. Ambos parten de ese concepto interpretado de modo religioso o laico. Sin esa identidad tan marcada y esa obcecación característica - el mismo Yahvé le reconoce a Moisés que son un "pueblo de dura cerviz"-, el pueblo judío no habría sobrevivido como tal en la historia y sus individuos se habrían acabado disolviendo en naciones varias. Como se cristianizaron forzosamente tantos antepasados de los que hoy llevamos apellidos de marranos. Los dos pueblos sin territorio, gitanos y judíos, que sobrevivieron en Europa como tales a la cristalización de los reinos y a los estados nación lo

hicieron con grandísimas penalidades gracias a la observancia de estrictas leyes raciales. Unos sortearon la integración siendo nómadas y otros, encerrados en guetos bajo la tutela del rabino. La xenofobia que permitió crear reinos homogéneos y luego estados nación en Europa, y que desencadenó desde el siglo XIII pogromos sucesivos en Inglaterra, Francia, España, Portugal, Rusia, Polonia... hasta el holocausto fue una condición para el nacimiento del actual Israel. El totalitarismo del cristianismo, contrario al mensaje de Cristo, fue otra condición necesaria.

La existencia de un argumento colectivo racial de un pueblo obstinado y la xenofobia del cristianismo y las naciones juntos condujeron a la conclusión de la necesidad de un Estado nación propio.

Israel no es los judíos, aunque puede que acabe siéndolo, pero sin duda Israel es un Estado judío. Es una identidad étnica que atrae a judíos del mundo que, teniendo casa y medios de vida en otros países, viajan a una tierra que creen que les fue prometida por Dios, expulsando de ella a sus legítimos dueños palestinos.

Una hiperidentidad que fascina en Occidente a personas que, no satisfaciéndoles la identidad nacional a la que pertenecen, pareciéndoles débil, ensueñan con el judaísmo y buscan ahí su identidad. De ahí ese fenómeno intelectual tan curioso que se da en Francia y sobre todo en España de intelectuales que dicen abominar de los nacionalismos étnicos y cierran filas de modo sistemático y acético con un Estado confesional en la práctica y con leyes raciales, un Estado que niega a millones de personas los derechos más elementales, habiendo creado para ello un original y siniestro lugar, donde encerró a las víctimas de una verdadera

limpieza étnica y que tiene aspecto de gueto y aspectos de apartheid: el apartgueto.

Ese síndrome de "el judío que hay en mí" o fascinación explica que se asuma la propaganda que retrata a Israel como una avanzada de la civilización occidental en Oriente. Eso sólo es defendible recordando que la civilización occidental inventó entre otras cosas el esclavismo, el colonialismo y Auschwitz. Lo cierto es que para la cultura integrista y racista que domina Israel si los palestinos son "los árabes" a los que se les puede robar casa y tierra y pueden ser encerrados de modo inhumano, esos intelectuales europeos no judíos que simpatizan con el sionismo no son más que goy. La consideración y el trato que le merecen a Israel están escritos detalladamente en el Talmud y se lo aclara bastante el Deuteronomio, que puede parecer filología bíblica pero que está subyacente y activo en Israel hoy. Aunque no lo crean. Defienden el modelo de un Estado que se define como judío y no reconoce la nacionalidad israelí a sus habitantes sino que tipifica la raza: judío, árabe o druso.

Israel podrá seguir siendo el carcelero de los palestinos, torturando, vejando y condenando a hambre y sed, como reflejan los informes de todas las organizaciones internacionales de derechos humanos, la ONU y los activistas israelíes contra esa cruel ocupación, pero su desafío al mundo muy probablemente fracasará. Esta última y decisiva matanza hizo que el mundo mire más que nunca hacia Israel y se interrogue.

No se debe minusvalorar esa obcecación que los ha traído hasta aquí. Israel no es un instrumento de las potencias coloniales como se cree, fueron los sionistas quienes consiguieron instrumentalizar al Reino Unido

primero y a EE. UU. ahora. Una obcecación que los separa del mundo, Israel permanece en una vivencia de la historia particular y única como pueblo. Pero aunque EE. UU. esté en crisis y Europa no exista, el mundo necesita evitar la desestabilización perpetua que representa el proyecto israelí vigente, que Israel acepte lo que le viene pidiendo desde hace décadas a través de las Naciones Unidas y que acabe el suplicio al que somete a los palestinos.

Quizá así acabe aceptando su verdadera historia, la que desvelan en vano los nuevos historiadores como Benny Morris, cómo fue su nacimiento y lo que hizo a los palestinos desde entonces, quizá así esa sociedad ebria de autosuficiencia y desprecio a quienes considera inferiores se regenere democráticamente y salve su alma. Y quizá así deje de activar el odio a los judíos previamente existente y de generar un nuevo odio a los israelíes, este sí ganado a pulso.

*SUSO DE TORO, escritor